



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BULESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIGIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriú y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marín don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

HISTORIA DE UN BILLETE DE CIEN RS.

NOVELA LASTIMOSA.

DEDICATORIA.

Al señor don Banco de Cádiz.

Carísimo Banco: teniendo presente los buenos servicios que estais prestando á la higiene pública, tengo el alto honor de dedicaros mi lastimosa historia para que sepais los apuros que he pasado por vuestra notoria habilidad en eso de salir de apuros.

Si teneis colocacion en vuestra caja para las cenizas del que fué pobre billete y se encontró aburrido de rodar por las carbonerías, almacenes de comestibles y puestos de carnes, os lo agradeceré como Dios manda y la doctrina enseña. Amen.

CAPITULO I.

De como salí del banco y no he vuelto á entrar en él.

No hay nada mas justo en este valle de injusticias, que hablar de sí mismo, cuando desgraciadamente no se encuentra un ser que quiera tomar la demanda por un pobrecito billete que no habiéndose

metido con nadie, vé que todo el mundo se mete con él. Hé aquí las razones porque escribo mi historia.

Han de saber ustedes que mi abuelo fué un venerable billete de 4,000 reales que entraba y salía en el banco con una serenidad espantosa, mi abuelo tenía mal génio como billete rico que era, tuvo un día unas palabras con una *mota*, esta le escupió al rostro, y mi abuelo murió de un berrinche; antes de cerrar el ojo, encargó á mi padre que era un billete de mil reales, que vengase la ofensa y mi padre se vengó casándose con mi mamá, que era una arrogante onza de oro con tan mal génio como mi abuelo.

Un día me llamó mi padre y me dijo:

—Ven acá, hijo mio; un pacotillero se llevó en el bolsillo á tu madre y he sabido que en la mitad de un viaje á la Habana, la perdió jugando al monte con un genovés, el cual la agarró y desde entonces no he sabido mas de ella.

Esto quiere decir, hijo mio, que no tienes madre, lo que no dejarás de sentir como es justo, natural, razonable y etc. etc.

¿A qué no sabes porqué á esta fecha tienes padre?

—No señor, le respondí.

—Pues billete de Dios, debías de saberlo; tienes padre porque el banco dice que no cambia mas que á mis criados, es decir, á los billetes de 500 rs. ignoro si algun cristiano tiene mi número, porque has de saber que los billetes tenemos nuestra *quinta* como los hombres, no sé si saldré soldado al cabo de mis años, pero si viene un señor, presenta mi número y me lleva, sabe Dios á donde iré á parar.

—En esto una voz gritó—El número 148, y vino el cajero y me echó mano; mi pobre padre me abrazó llorando y me dijo:—adios, hijo del alma, trata con desprecio á las *motas*, mira con orgullo á los napoleones y con respeto á los billetes de 1,000 reales, que son tus *tios*; á los billetes de 4,000 rs. le darás el tratamiento de Excelencia; no pude oír más.

Un montañés me agarró refunfuñando y que quise que no quise me metió en un cajoncito del mostrador, y me echó la llave.

CAPITULO II.

De como salí de la tienda de vinos y fui á parar á las manos de una señora afortunada.

La del alba seria, cuando un caballero que había cenado con una señora en la tienda se llegó al mostrador á satisfacer el importe de la cena.

—¿Cuánto es? preguntó el caballero.

—Cincuenta y siete rs.—respondió mi dueño.

Sacó el caballero una cartera y mi dueño se puso pálido.

—¿Que vá usted á hacer, cristiano? ¿vá usted á sacar billetes?

—Pues está claro, ¿tengo yo cara de tener oro en el bolsillo? ¿con qué no lo tiene el banco, y quiere usted que yo lo tenga? allá vá un billete de 200 rs.

—Por vida de las babuchas de Mueley-Abbas, dijo el montañés, cojiendo el billete. Esto es asesinarlo á uno en su casa, y abrió el cajon.

—Ven acá, maldita sea tu casta, me dijo y en un abrir y cerrar de ojo me encontré en la cartera de mi nuevo amo.

Este dió el brazo á la señora que lo acompañaba y escuché el siguiente diálogo:

—¿Me amas mucho, querido Pepe?

—Pues, no que nó, si vales tú mas oro...

—Entonces lo creo, moreno mio, porque el oro está tan caro...

—Ola, ¿con qué sabes lo de los billetes.?

—Sí, hombre, ¿no me distes antier uno de 1,000 rs.

—Sí.

—Pues tómallo, aquí lo tienes, nadie lo ha querido cambiar, así es que no tengo para mis gastos.

—Pues toma, mujer, toma este billete de cien reales y aviate.

Cuando yo oí que la señora tenía un billete de 1,000 rs. suspiré de gozo y dije—voy á ver á mi papá; pero cuando noté que el caballero colocó el billete á mi lado antes de sacarme á mí, dije: No es, será algun tio mio que no me conoce y casi me alegré de pasar á poder de una señora, esta me recibió con una sonrisa y me metió en su seno que latía como un reloj.

Llegamos á una calle oscura, el caballero dió un ósculo de amor á la señora y se entró en su casa, la señora se quedó en la calle y exclamó alejándose:

—Qué lástima que un buen mozo como Pepe sea casado.

—Cáscaras, dije yo, esta señora debe llamarse la *jembra de los belenes*, y me callé.

CAPITULO III.

En el que se cuenta mi desastroso fin.

Al día siguiente á las siete de la mañana llamaron á la puerta de la casa.

—Quien es? preguntó la señora, levantándose á escape y vistiéndose al vapor.

—Soy yo, don Roque de Escampavía y Trago Oro.

—Mal rayo te parta, dijo la señora y abrió la puerta.

Un señor, como de sesenta años, con unos ojillos de color de aceite de almendras dulces, con unas narices que ni eran romas ni eran chatas, con una boquita despoblada de dientes, y tan ancha como el campo de Capuchinos, vestido con un leviton que parecía un testigo mudo de la guerra civil, un sombrero con mas mugre que pelos, y unas zapatos con mas lodo que becerro, se presentó en la habitacion de la señora, limpiándose las gafas con un súcio pañuelo.

—¿Qué es eso? tan temprano por aquí?

—Ayl señora, no sabe usted como están los tiempos, el banco no cambia, yo no tengo un cuarto, y necesito cobrar á mis acreedores.

—Pues, mire usted, yo no le puedo dar mas que este billete de 100 rs.

—Tá, tá, tá, con que despues de todo me sale usted con un billete, ¿no sabe usted doña Angela?...

—Pero señor don Demonio, quiere usted que yo me vuelva oro?

—Yo no quiero, señora, que usted se vuelva nada, lo que quiero es que usted me pague.

—Pues bueno, no tengo mas.

—Como ha de ser, paciencia, venga el billete.

—Y el usurero me agarró, temblé como un azogado y dije:—De esta no escapó.

El vejete sacó un papel de estraza y me lió tan perfectamente que por poco me ahoga, por los pasos conocí que estábamos en la calle.

Llegué á casa del usurero—levantó un ladrillo y contó doce mil duros en monedas de oro.

—Yo no meto este billete entre mis hijas rubias, dijo, sacó un cigarro y encendió un fósforo.

Sus ojos se fijaron con placer en las monedas de oro. El fósforo llegaba á su término y en vez de encender el cigarro que tenia en la boca, me encendió á mí.

Dió un grito desesperado, y cayó sobre las losas del pavimento exclamando:

—Agua, socorro, se queman mis cinco duros!! yo no oí más. Mi espíritu voló hácia el cielo de los billetes, y allí estoy para lo que ustedes gusten mandar.

EPÍLOGO.

Vago en la atmósfera, como un ser impalpable, desde tan alto sitio, contemplo la zalagarda que hay en Cádiz.

Miro al Banco y me sonrío, de vez en cuando pasa por mi lado el espíritu de otro billete y me dice: allá bajo está armada la gorda.

Ya lo sé, respondo yo, y me vuelvo á sonreír.

Yo creo que si el Sr. D. Banco supiera lo que debe hacerse en una situación como esta, agarraría un palanganero, y me diría: Espíritu del billete de cien reales! Vén acá. Yo descendería hasta el lava-manos y diría.

Por poco digo lo que no quiero que sepa el banco. Ella armó y él debe desarmarla.

Gaditanos, Dios os la depare buena.

SANCHO PANZA.

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR.

A los que dicen que soy envidioso, á los que aseguran que para mí no hay nada bueno, quiero darles una muestra de mi buena fé y de mi estricta imparcialidad. He leído con verdadero placer los dos excelentes artículos que mi ilustrado amigo el redactor del *Diario Mercantil de Cádiz*, don F. de P. Hidalgo, ha escrito con motivo de la crisis monetaria que nos aflige.

Escriban todos como el señor Hidalgo escribe y SANCHO PANZA tendrá elogios para todo el mundo.

Conste, pues, que la Revista Mercantil de Cádiz, es un periódico digno de una población culta como esta. Aviso á quien corresponda.

MEDITACION.

Huesos, cráneos descarnados
de roidas calaveras;
tumbas que solo respiran,
soledad sobre la tierra...

¿Es realidad lo que veo?

¿Es mentira cuanto toco,
ó es tan solo un devaneo
de mi cerebro ya loco?

¡Ah! nó, que tocando estoy
la verdad de la mentira;
ni mi cerebro delira,
ni falso fué cuanto ví.
Todo en torno es realidad
de nuestra miseria humana;
quién sabe ¡ay Dios! si mañana
cual ellos me encuentre aquí.

Nuestra vida, soplo errante
de la brisa peregrina,
con luengos pasos camina
hácia la tumba fatal.
Cada paso que adelanta,
con grave dolor profundo,
nos dá á conocer del mundo
la miseria terrenal.

Triste verdad que á la vista
de todo mortal se lanza;
verdad, que hasta la esperanza
nos roba del corazón.
Es nuestra amarga existencia
como la frágil barquilla;
que vá á perderse en la orilla
á impulsos del aquilon.

Tumbas, que verdad encierran
ante la vista del hombre;
que guardais, solo en el nombre,
un cuerpo animado ayer.
Hoy que os encuentro sombrías
en medio de mi camino,
conservadle al peregrino
un hueco para el no ser.

Dolor en mi pecho siento
que me despedaza el alma,
dolor destruyó la calma
aumentando mi aflicción.
Dolor consuela las penas
que lloro en mi desventura....
¡el dolor y la amargura
dan placer al corazón.

El corazón, rica fuente
de los puros sentimientos,
blanco, que los sufrimientos
solo intentan destruir.
Manantial de acerbo llanto
que brotan los tristes ojos;
¿cuándo podrás sin enojos
en este mundo vivir?

Cuando brillará radiante
de tú sol los resplandores?
Cuándo, di, tus sinsabores
llegarás á desterrar?
Ese astro de esperanza
brillará en el almo cielo?
Calla, insensato, el consuelo
no te fué dado probar!

Naciste cual nacen todos
en espíritu y esencia;
naciste con inocencia,
para desdicha mayor.
Naciste para que el hombre
que en su seno te abrigara,
también, como tú, probára
hasta dó alcanza el dolor.

Naciste para que el mundo
en su estúpida creencia,
te escupiera sin clemencia
acibar y corrupción.
Para que en luchas horribles
con tus penas estallarás;
para que al fin reposaras
tranquilo en el panteón.

Tierra de verdad que el hombre
á tu misterio no alcanza;
tierra, donde la esperanza
se sepulta con el ser.
Tierra... que miro ignorando
si la arena que yo piso
es, tal vez, polvo indeciso
de algun cadáver de ayer.

Esos sepulcros sombríos
que sobre tí se levantan,
con su silencio quebrantan
nuestra existencia ruin.
Nos revelan de la vida
con aspecto pavoroso,
el arcano misterioso
que guardan con nuestro fin.

JOSÉ de ARCOS y PEREZ.

UNA NOVELA AL VAPOR.

IV.

Es una desgracia amar á una mujer con la insistencia que la flecha inmantada se dirige al norte.

Amar á una mujer que no nos ama.

Amar á una mujer que nos ama, pero que es esclava de sus deberes.

Amar á una mujer desconocida

Y no poder amar á otra.

No encontrar otro sentimiento que domine al sentimiento de amar sin esperanza.

Ni otro dolor que oponer al dolor de la desesperacion.

Y no atreverse á morir por no separarse del objeto que se ama.

Y vivir muriendo sin vivir amando.

Llevando una tumba en el corazon y en ella el cadáver de un sentimiento sin expansion.

Ser un espectro en una soledad llena de vida.

No encontrar una sonrisa en los propios labios, y escuchar el estridente ruido de una carcajada de la felicidad de otros.

Estar muerto para las artes y las ciencias, muerto para la gloria.

Tal era la situacion del pobre Eduardo.

Dos veces el amor se habia atravesado en su camino, llevando de la mano una mujer encantadora.

Dos veces la suave sonrisa de sus labios le habia brindado con la copa del deleite.

Dos veces sus celestiales ojos le habian dicho «te amo.»

Por dos veces tambien el destino la arrebató de su presencia.

El amor y los celos le habian vuelto loco.

Corria por el mundo como la nave arrastrada por la tempestad, sin timon y sin brújula.

Corria con una fiebre devoradora, con una sed rabiosa de fuertes emociones, que lo aturdieron, que lo convirtieron en un idiota. Amaba los peligros. Deseaba matar ó morir.

Su ciego frenesí le condujo á las casas de prostitucion. En ellas buscaba reminiscencias de la mujer que adoraba. Ojos como sus ojos. Labios como sus labios. Talle como el suyo, gracia como su gracia.

Y encontró mujeres hermosas, mujeres de todos los paises, de todas las condiciones, mujeres capaces de enloquecer, si se las hubiera podido sentar en el trono de la virtud....

Pero ninguna era ella; ni aun vé un rasgo de su fisonomía, ni una vibracion de su habla dulce y argentina.

El mundo venía estrecho á su inmenso afán.

Una noche que por la centésima vez repetia sus lúbricas escursiones, esperaba en su gabinete á una persona desconocida. Se presenta á sus ojos una mujer cubierta con un velo.

Su paso era leve y su talle voluptuoso; pero su respiracion era agitada.

Conociase que habia venido corriendo, aguijoneada sin duda por la codicia. Sentóse al lado de Eduardo: cojió sus manos entre las suyas temblorosas que ardian con el calor de la fiebre.

Eduardo sintió correr por sus manos un fuego desusado; por sus nervios una corriente eléctrica que lo vivificaba.

Sintió levantarse la losa de su sepulcro y removerse el cadáver que lo habitaba.

Instintivamente levantó el espeso velo que cubria el semblante de la desconocida....

Dos gritos se escaparon.... dos bocas se juntaron en un inefable beso.

Clara cayó desplomada en los brazos de Eduardo.

Eduardo inclinó su cabeza sobre la pálida frente de ella, y la mojó con sus lágrimas.

Habia encontrado al fin á la muger de sus ensueños. ¡Pero dónde!

—¡Clara!—dijo Eduardo—mas no pudo continuar.

—Te comprendo, no soy digna de tí.

Eduardo la dirigió una mirada de compasion, en que todavia iban envueltos algunos efluvios de amor.

—Te compadezco, pero te amo!...

—Gracias; Eduardo. Dime, que ha sido de tí desde nuestra última entrevista?

—Yo! te adoraba: estaba celoso: te buscaba por todas partes y á todas partes llevaba mi desesperacion.

—Tanto, me amabas?—Le preguntó Clara estrechándole tiernamente las manos y acercando tanto su cara á la de Eduardo que la calentó con su aliento.

Eduardo imprimió un beso en aquella hermosa frente empañada por el vicio y la contestó.

—Te amaba con el ardor de los primeros amores: mas que á la memoria de mi madre y mi tío.

—Mis ojos y mis labios te lo dijeron dos veces. Puedes dudarlo?

—En otro tiempo esa confesion me hubiera vuelto loco de felicidad.

—Y ahora?

—Ahora.... Clara, hay un destino fatal que escribe en un libro de bronce las páginas de nuestra vida. En vano la accion del tiempo intenta destruir sus caracteres: las páginas quedan grabadas para siempre. Mas porqué te encuentro aquí? Cómo has abandonado á tu padre?

—Mi padre! Hace mucho tiempo que lo perdí.

—Cómo! ?Y aquel anciano con quien viajamos por la sierra de Ronda?

—Era mi amante—contestó Clara bajando avergonzada la vista.

—¡Clara!

—Eduardo soltó repentinamente sus manos, y des-
vió su cuerpo hasta el otro extremo del sofá.

—¡Oh no es posible—continuó despues de haber
contemplado la sin igual belleza de aquella mujer—no
es posible, tu me engañas, ¿Y el jóven que te acompa-
ñaba en el coche?

—Mi marido.

—¡Casada y envilecida! dijo sordamente Eduardo.
Clara llevó su pañuelo á los ojos y ambos quedaron
en silencio.

Este silencio fué interrumpido por una de las mu-
jeres que introdujo una bandeja con dulces y licores.

La puso sobre la mesa y marchó lanzando sobre los
amantes una mirada investigadora que parecía signifi-
car, ¿qué ha sucedido aquí?

DR. PERO-RECIO.

¡¡HORROR DE LOS HORRORES!!

Dadme, dadme el primer verso
para escribir un romance,
que horrorice á los humanos
por su estilo formidable.

Dadme, dadme el primer verso
en este mi:mo asonante,
pues quiero desde Matanzas
poner una pica en Flandes.

No quiero lirios ni rosas,
ni claveles, ni arrayanes,
ni céfiros juguetones,

ni hermosas pintadas aves,
de esas que con lengua harpada
saludan al sol que nace.

Dando á los verjeles vida
y regocijo á los valles.

No quiero cantar amores,
que es cosa de tontos vates,
ni elogiar á las hermosas

del Yumuri ó de otra parte:

Inspirar hoy solo quiero,
pavura con mis cantares.

ictericia, tifus, cólera,
terremoto, huracanes;

quiero yo vengar sangriento
de la suertelos ultrajes,

pues negra, parda, plemiza,
tenáz, ciega, miserable,

me priva de los recursos
que se llaman materiales,

para vivir con holgura
y de un modo confortable.

Y no vivir como vivo

con un pié puestio en el aire
y el otro allá por las nubes

trazando líneas en grande.

Quiero que haya un cataclismo
que el ronco aquilon se ensañe,

contra la tierra, aunque airado
hásta el cielo me levante.

Quiero en fin, que el ancho mundo
como tortilla se aplaste,

que el mar inunde la tierra,
que Febo su luz apague,

que los volcanes se enciendan,
y que las nubes se rasguen.

Cual cataratas de fuego
de sódomicas ciudades,

que las mujeres se tornen
de sal en busto graciales,

que se conviertan los hombres
en fieros horagatanes.

Que la sociedad perezca

al hierro, al fuego y al hambre,
que suene, en fin, la trompeta
que ha de hacer sonar el ángel
en aquel tremendo dia,

(Dies ire formidable.)

Que convertiré en pavesas
este de lágrimas valle,

Si no pillo todo entero

íntegro, sin fraccionarse

el lindo premio que encierra

cien mil toletes cabales.

EPILOGO.

Húndase el mundo servil
tras un rumor vago, sordo,
si no pillo el premio gordo,
si no pillo los cien mil.

ADALIO ESCOLA.

(Remitido.)

GALERIA BIOGRÁFICA

CELEBRIDADES.

LOLA MONTES.

II.

No creyéndose seguro en la costa con aquella joya,
toma el partido de unirse con su familia que habitaba
en un antiguo castillo, donde hacian una vida monóto-
na, pasando solo en la cacería y en la comida y sor-
biendo grandes tazas de thé que hicieron exasperar á
la jóven recién casada, hasta el punto de impelerla á
cometer una imprudencia, si afortunadamente no se
hubieran embarcado á tiempo para la India en el bu-
que BLUND en el que desquitó su fastidio con tres in-
trigas de amor para entretenerse en el viaje.

Su marido, ageno de tanta fidelidad, no pensaba mas
que en beber cerveza y en dormir cuanto querian las
grandes cubas que sin cesar vaciaba. Ella, que no la
probaba, no dormia y tenia ocasion de oír por debajo
de la puerta del camarote las declaraciones de sus ena-
morados, y de recibir billetitos enrollados que le pa-
recian cerillos.

Veámos el primer billete que pertenece al enorme
marino Brúle-tont, capitan del buque, que está conce-
bido en estos términos: «Una pipa que se carga á los
diez y ocho años se fuma hasta los cuarenta, y sus
cenizas se empiezan á tirar desde entonces hasta la
muerte.»

Este estilo es prosáico en consonancia con las
maneras del que lo escribió; por lo que es desechada
esta candidatura; pero los otros dos candidatos Solin y
D. Enrique son acogidos segun desean.

Así se pasó el tiempo hasta su llegada á la India
segun refiere ella misma en dos diarios de sus memo-
rias con los colores mas vivos; pues en punto á des-
cripciones, nos dá modelos en todos géneros, y llega
hasta criticar las costumbres é iniciar mejoras en todo
cuanto visitaba, ó al menos nos dice ha visto. Por eso
con motivo de su estado en aquella apartada region á
donde la llevaron sus deberes de esposa, se dedica á da

una idea bastante minuciosa de la sociedad de aquella posicion inglesa, en la que no se tiene inconveniente en admitir en los actos de mas etiqueta á todas las clases de que se forma.

No tardó mucho tiempo sin que un nuevo pretendiente viniese á turbar la paz del esposo, y á dar á la esposa nuevos testimonios de su poder sobre los hombres.

El enamorado era un jóven militar, que habia sido desterrado de Inglaterra en ocasion que ella estuvo en Windsor, á causa de la rivalidad del ministro inglés, y que ahora providencialmente vuelve á encontrarse libre ya de aquella investigacion ministerial.

Su marido, sin embargo, conoció al momento la indignacion inocente de su esposa, y no titubeó en llevarla consigo á pasar las fatigas de la guerra que sostenian en el Afglianistan. Ella se deja llevar docilmente subida en un palanquin á través del Kaboul y la Cachimira, para causar en este nuevo reino la delicia y fatalidad de un Brahma.

Como su imaginacion es tan oriental, no tuvo reparo en entregarse á una pasion que despertaba en ella aquella apariencia fantástica y seductora que su ilusion creaba.

Mas como ilusion que era, pronto se evaporó, y M. Virgile, jóven diplomático francés que conducia cartas del rey de Francia al emperador de China, llegó á ocupar el puesto que el sectario de Brahma no supo conservar: teniendo la misma suerte que su antecesor, pues fué hallado sin talento para los planes maquiavélicos de la heroína.

Sigue por lo tanto en su palanquin, acompañada de su marido que no cesa de dormir ni un instante, hasta llegar á Mécruith, residencia del padre de su esposo. Este debia ponerse á las órdenes del general Craignie, pero sin saber como consideró el gefe mas oportuno tomar á la esposa que al marido, y marchó con ella á presentarla á su madre para impetrar de ella el perdon de sus ligerezas. Este le fué concedido y ya pudo dedicarse de nuevo á los arranques de su imaginacion.

Un caby inglés le dá grandes pruebas de amor, entrando á verla vestido con la piel de un mono. Esto prueba como era bueno solo para una vez, y no se volvió á repetir: y un príncipe salvaje obtuvo la gracia de besar los pies á aquel ídolo y contarle sus amores.

Todo estaba muy bien para ella, menos el ir al harem de aquel salvaje, haciéndole comprender en uno de sus paseos por los jardines, que una rosa europea, es una flor delicada que se coge y aspira su perfume pero que no se vende ni compra.

Esclente era aquella explicacion y el príncipe quedaba confundido; cuando hé aquí que de repente aparece el capitán Dennes, el marido dormilon del palanquin, que irritado y despechado empieza á golpes con el uno é injurias con la otra.

Ella sorprendida con tanta audacia y ofendida con aquella conducta, apostrofa al marido enviándolo á dormir á su palanquin, amenazándolo con no volver á verlo mas, y emprendiendo una fuga precipitada se embarcó para Europa, viaje que desaprobó su madre, y juró no admitirla mas en su casa. Ella por su parte, tampoco tiene pensamiento en volver.

Durante su viaje, con el objeto de no ir sola, adquirió la amistad de Lennose, ayuda de Campo de Lord Elphistone, amistad que no tardó en ser un amor profundo y ciego, que estuvo á pique de impelerlo á cortar relaciones con su familia y casarse con su compañera, si el saber que esta era casada, no la hubiera un dia y otro aminorado sus deseos y convencido por fin de su locura.

Lola queda abandonada y sin recursos en Inglaterra donde tanta falta hacen, y para salir de esta situacion, tiene que ir bajando la escala de la ignominia hasta llegar á su último escalon.

Nada de ella se sabe durante este desagradable periodo de su vida, y poco podemos noticiar á los curiosos que no sea lo que comunmente ocurre á la que por desgracia suya lleva á esta vida de desorden. Ademas de que sus memorias conducen con regreso á Europa, los hombres de moralidad y decoro, desaprueban una especulacion tan baja y odiosa, y se suspende por eso la publicacion de ingeniosas relaciones.

(Continuará.)

EL GENIO Y LA INOCENCIA.

I.

Acabo de sentir en la casa de mi vecina X... un ruido sordo, repetido, seco.

Tras del ruido ha empezado á llorar un muchado. y de pronto vuelvo á escuchar el eco de unos cuantos azotes.

Esto quiere decir que un niño se ha caído, y que su madre le regala despues del golpe varias caricias traseras para que tenga cuidado, no se enrede, y no se caiga otra vez.

¡Vaya una manera de empezar á escribir! exclamarán mis lectores, si yo puedo llamarlos lectores, es decir, si tienen la paciencia de leerme,

Francamente, no encontraba otro principio, y lo primero que escuché al tomar la pluma fué la caída del hijo de mi vecina.

Ya está escrito, y no puedo volverme atrás.

El título que encabeza estas líneas no se refiere ni al génio de la madre ni á la inocencia del niño.

En uno de los mas pintorescos lugares que presenta Paris, cerca del bosque de Boulogne, se encontraban una tarde de Mayo dos niñas preciosísimas, enredando á las orillas de un lago, sueltos al aire los cabellos rubios de la una y los negros de la otra.

Un lago á la caída de la tarde es un espejo de cristal movable y trasparente, donde vienen á retratarse toda la melancolia, toda la pureza, toda la voluptuosidad de las últimas horas del sol.

La naturaleza parece que se queda dormida. Esas aves buscan perdidas en los horizontes sus nidos de rama; los céfiros de la noche gimen entre las hojas; las flores tiemblan en sus cálices, exhalan su último perfume, y se cierran sin ruido, de la misma manera que pueden cerrarse los ojos de un niño, vencidos por el sueño. El monte se asemeja á una sombra muy dilatada que se levanta sobre los prados; las águilas que se agitan en sus cumbres parecen los génios del crepúsculo, y toda la armonía de ese momento en que muere la luz, es semejante al eco de una oracion.

Las dos niñas contemplaban el magnífico golpe de vista que se presentaba á sus ojos.

Unas veces corrian juguetonas, impulsadas por la locura juvenil de sus primeros años; otras veces abandonadas y libres quedábanse detenidas bajo un árbol cual-

quiera, se miraban las dos, y las dos callaban como heridas de un mismo sentimiento; muchos instantes reían, luego cantaban, y al verlas despues con los ojos elevados al cielo sin dirigirse una palabra, cualquiera hubiese dicho que lloraban en silencio.

¡Qué hermosas estaban las dos niñas á la caída de la tarde!!

¡Feliz el lago que reproducia en su lecho de perlas aquellas dos figuras fantásticas engendradas tal vez por la primavera para encanto de sus vergeles!!

¡Quiénes serian aquellas dos niñas!

II.

El sol iba empezándose á ocultar tras la magestuosa frente de las montañas.

En uno de los extremos del lago acababan de divisar las dos niñas una cosa negra, que se movia y que no dejaba de llamarles la atención.

Los primeros años son impacientes y vivos como el relámpago.

Aquellas dos jóvenes estaban solas, eran inocentes, tenían curiosidad... ¿Qué obstáculos les cerraban el camino?

La oscuridad es el primer enemigo de las mujeres y vive con ellas, como vive el ruido en el aire, y la sombra detrás del cuerpo.

La cosa negra no dejaba de moverse y Emilia y María, porque así se llamaban las dos ninfas de aquel paraíso, se dirigieron á ella ansiosas de examinarla cerca.

Al tocar en el punto de su fatigosa carrera quedaron sorprendidas ante la escena que contemplaban.

Un inspirado artista, quizá el mejor de nuestros modernos pintores, trasladaba al lienzo con su brillante pincel, la perspectiva que le rodeaba, la muerte del sol, el nacimiento de la luna reflejándose en el lago, y las primeras sombras de la noche que se extendían sobre las cañadas y sobre los valles.

La imaginación del artista, de ese poeta mudo que canta con el pincel, y que habla con los colores, en alas de su fantasía, volaba y volaba por las miteriosas regiones donde habitan la inspiración y el genio.

Estaba tan absorto con su magnífica obra que no se apercibió ni aun de la llegada de las dos niñas.

¡Qué cuadro tan arrebatador y tan sublime!! El genio velado por la inocencia y la inocencia velada por Dios, que sonreía en el cielo con el primer rayo de la luna.

El pintor seguía llenando de misterios y de Bellezas la vaporosa superficie del lienzo.

Emilia y María no habían podido aun comprender lo que presenciaban. Mas bien que dos niñas parecían dos estatuas, colocadas allí por el pintor para que le recordasen quizá la hermosura de los ángeles.

De pronto, María, con una voz parecida á los ecos de un arpa que vibran en el viento, si saber de donde brotan, dijo á Emilia sin apartar los ojos del cuadro:

—Mirale bien, Emilia, mirale bien, ¡¡pobrecito!!

¡Qué manera tiene de buscarse la vida!!

Emilia volvió entonces á repetir las inocentes palabras de María, y las dos se avergonzaron.

El artista volvió los ojos...

El sol acababa en aquel momento de esconder su último rayo.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

¡Oh musas! He leído en un periódico de provincias el siguiente *graznido* poético. Si tienen ustedes un caballo pueden tomar las de villa-diego porque estos versos á *Sultana* van á armar una revolución en el Parnaso de padre y muy señor mío.

SULTANA.

Que cuando sale al sol, resplandeciente,

Fiero el serpiente de belleza extrema;

Tu lujosa cabeza refulgente,

Brilla con mas fulgor, gentil Zulema;

Si muelle oprime tu morena frente,

Rico esplendor y bárbara diadema;

Cuando envuelta fulguras orgullosa,

De púrpura soberbia y poderosa.

Aquí tienen ustedes una noticia muy curiosa, á saber; *Cuando sale el sol resplandeciente, fiero el serpiente, (¡Ay que miedo!) de belleza extrema, (¿quien te entiende hijito?) la cabeza refulgente de Zulema, brilla con mas fulgor. (¿Se van ustedes enterando?) Despues añade: Si muelle oprime su morena frente, rico esplendor y bárbara diadema. ¡Que me traigan calaguala. No sigo mas. Sultana me ha puesto enfermo.*

¡Dios Apolo, que me emplumen

ó que me coja un buey tardo,

si el autor Don Eduardo

tiene intacto su *cacumen*.

Soplamoco merecido.—No fué flojo el que le sacudió en una tertulia á un necio presentuoso, un poeta de mucho mérito. Contaré el lance y estaremos en paz.

Tratábase en un festín de una señorita y uno de los concurrentes, joven de esa clase de modernos Tenorios, pretencioso, fátuo, cuya lengua nada respeta, se jactó de haber obtenido de la citada ninfa, una de esas pruebas que tanto agradecen y tanto deben saborear silenciosamente los amantes. Un beso. Un poeta que se hallaba en la reunión queriendo dar una leccioncita gratis al tontísimo Tenorio, pidió la palabra y despues de probar todas las ridiculeces del presentuoso, improvisó la siguiente décima que dejó al *calavera* patitieso:

Dicha que es dicha, no es dicha

Que ha de ser dicha callada,

Que no basta ser lograda

Sino ser lograda y dicha.

¡Qué demasiada desdicha

Cabe en hombres pocos sabios

Que retornan en agravios

Los favores! ¡Y qué mengua,

Que tenga tan mala lengua

Quien tuvo dichosos labios!

El Banco de Cádiz continúa sin novedad en su importante salud.

Los vecinos de Cádiz no tienen novedad ni dinero.

En cambio les sobran números.

Los Bancos están ahora por la aritmética.

Los transeuntes desocupados han vuelto á tomar la acera del café de Apolo por una columna mingitoria.

Aviso á las narices.

Noticia para el ornato público.

Consejo amistoso para los señores municipales.

Segun noticias varios boteros van á establecer sus lanchas pescadoras en la acera del café de Apolo. Los viajes serán de siete á doce de la noche. Llegarán hasta la puerta de la Nevería Económica.

Feliz viage.

He aquí la amorosa epístola que un doctor homeópata dirige al Banco de Cádiz.

«Carísimo Banco: La homeopatía es una ciencia que tiene remedio para todo menos para la muerte; ha llegado á mis noticias que el Banco no anda muy bien de salud, y con la buena intención que tanto me caracteriza acudo á usted ofreciéndole mis cortos conocimientos científicos. Usted dirá que lo que hace falta en el Banco es oro y plata, pero amigo mío, á falta de una y otra cosa

buena es la homeopatía. Por consiguiente, usted puede salir del apuro adoptando el siguiente sistema:

Agarre usted un billete de 100 rs. y divídalos en cien glóbulos de á real y que el señor cajero los suministre á los tenedores en tomas de tres glóbulos por la mañana y otras tres al medio día, aconsejándoles al mismo tiempo una dieta rigurosa.

Si toma usted en consideración este sencillo método en otra carta le diré á usted como debe usarse el *Acónito* para reducir á menor cantidad la de los billetes de 4,000 reales.

Soy de Vd. afectísimo y S. S. Q. S. M. B.,
El Doctor Centimo.

No me parece mala la idea del doctor. Veremos que es lo que hace el Banco con este importante descubrimiento. ¿Será cosa que se pique la Alopata y eche mano de sus secretos científicos y proponga otro método que nos salve de la crisis monetaria?

En el anterior número dije que me ocuparía del nuevo colega satírico que con el título de *Las Circunstancias* ve la luz pública en la corte, redactando este periódico el apreciable literato Sr. D. Eleuterio Llofríus. Dicho se está que ha de ser una cosa buena; artículos, escritos con mucha gracia, sueltos oportunos, ocurrencias de primer orden y oportunidades oportunas. ¿Que mas hay que pedir?

Se admiten suscripciones á este periódico en la redacción del *Sancho Panza*.

Vengan ustedes á suscribirse y verán como no se arrepienten de gastar su dinero.

Yo por San Pascual Bailón
Digo que el precio es muy módico
Y merece ese periódico
Esta recomendación.

Voy á contar un *sucedido* para que sea una página mas á la inmortal historia de la municipalidad. El lance ocurrió el domingo pasado en el campo del Sur, cerca de la plaza de los Toros; una porción de *granujas* se entretenían en apedrear horriblemente á dos pobres asturianas, una de ellas llevaba en sus brazos un hermoso niño, hijo de su ama, como se dice en el lenguaje familiar; las infelices lloraban oyendo silbar sobre sus cabezas aquella atróz granizada de pelotazos. Un joven asturiano se indignó viendo aquella lamentable escena y trató de asustar á la soez canalla y de defender á sus pobres paisanas. Los pilluelos la emprendieron con él y le dieron un pelotazo atróz en la frente causándole una profunda herida.

Todo esto sucedía á las tres de la tarde; no pasó un municipal y la cosa, segun parece, ha quedado así. Sensible es, que todos los días tenga que lamentar desgracias de esta especie.

Ya es tiempo que se vijile á estos niños perdidos, lo reclama la seguridad pública y la prensa se ve obligada un día y otro á pedir que los agentes de la autoridad vigilen como deben á esos angelitos que tienen los demonios en el cuerpo.

Basta por hoy.

La compañía de ópera que ha funcionado este invierno en el teatro Principal de Jerez, á cuyo frente está el distinguido barítono señor Paccini, empezará sus tareas nuevamente en las próximas pascuas en el teatro de Granada. La simpática contralto señora Dorý forma también parte de la compañía.

El domingo dará su última función á beneficio del público la célebre y sin rival funámbula Mme. Salvi, para

la cual ha hecho una gran rebaja en los precios y localidades á fin de que todos puedan gozar del espectáculo. Creo que la concurrencia será numerosa.

El domingo último tuve el gusto de asistir en Jerez á la representación del *Trovador*. La parte de Leonora estuvo á cargo de la eminente artista señora Rosina Penco, la que obtuvo un éxito brillantísimo, recojiendo una abundante cosecha de aplausos. Cada día gusta mas la señora Penco á los jerezanos, en vista de lo cual, y á petición de casi todos los concurrentes, se ha abierto un nuevo abono por tres representaciones, entre las cuales se cuenta la *Traviata*, pues que es una de las producciones en donde mas se manifiesta las grandes dotes de la artista. Lamentamos que el público de Cádiz no haya podido aplaudirla en esta popular partitura, pero estamos seguros que á su vuelta no nos privará de ese placer. El señor Paccini, encargado de la parte del conde de Luna, es un artista demasiado conocido de nuestro público, por lo tanto me abstendré de juzgarlo en esta ópera; diré, sin embargo, que á mi modo de ver ha ganado en facultades, lo cual es mucho si se atiende á la frescura y buen timbre que siempre he encontrado en su voz. Fué sumamente aplaudido en el aria del segundo acto: igual éxito tuvo el señor Pozzo en la parte de Mauricio. La entrada, un lleno.

El prestidigitador MR. PEYRES, se presentó por primera vez ante el público gaditano, en el teatro Principal el domingo 21 del corriente. Confieso con toda ingenuidad, que me dirigí la noche de la función, poseído de cierto temor, creyendo asistir á los misteriosos y terroríficos secretos de la *gran magia egipcia*; pero en lugar de esto, me encontré con que Mr. Peyres posee la magia de *camama* ó *flamenca* en alto grado, y desconoce por completo el antiguo arte de los magos. Hoy día, es costumbre entre los modernos prestidigitadores, como Mr. Hermán y otros, presentarse en escena desnudos de todo aparato y con la mayor sencillez; pero Mr. Peyres ha retrocedido á la infancia del arte, y ha querido dar un espectáculo digno de una aldea. En fin:

un juego de escamoteo
fué solo el que me gustó:
cuando á Mr. Lajuornad
lo hace invisible el telon.

¿Quién tuviera los piés de Madame Salvi? en tiempos de crisis monetaria lo mejor es irse á vivir cerca del reino de los pájaros. Yo quiero que me digan, quién es el mozo crúo que se atreve á irle á cobrar una cuenta á Mme. Salvi cuando está encima de la cuerda?

Eso debía hacer el banco de Cádiz, alquilarle el aparato á la célebre funámbula, y ponerle la caja encima de la cuerda y establecer un banco á esa altura y se acabó la crisis.

Lo único que me falta ahora es que el Banco de Cádiz no me agradezca el consejo.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico se publica los días 8, 16, 24 y 30 de cada mes.—En Cádiz, 6 reales al mes, y 5 recogido en el despacho.—En provincias 20 reales trimestre adelantado.—En Ultramar, 25 reales trimestre adelantado.—Un Número suelto 2 reales.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CADIZ 1864—ILUSTRACION GADITANA, San Miguel, 18.